



Ni a las grandes inmobiliarias ni a los constructores de autopistas de peaje les interesa un equipo técnico joven que informe desfavorablemente sobre sus pretensiones especulativas, como el que ha protagonizado el encierro.

C. O. P. L. A. C. O.

Un encierro por el futuro de Madrid

● Dos ingenieros de Caminos barren cuidadosamente, vacían de colillas los ceniceros. Un geógrafo, un arquitecto y un economista llevan por turno la intendencia (prohibido el alcohol); servicios de prensa, recepción y control a la entrada de compañeros de profesión que van a mostrar su solidaridad con los encerrados; conexión por numerosos teléfonos con asociaciones profesionales y colegas de toda Europa. Barbas, melenas, ellos y ellas con ropa normal, barata, alguna corbata, pocas. Muy jóvenes (edad media, veintisiete años). Imposible distinguir los arquitectos de los delineantes, los economistas de los calculistas, los abogados de las secretarías. Este es el aspecto de casi 120 planificadores urbanos y territoriales que ocupan día y noche las moquetas (duras para dormir) de la

COPLACO (Comisión de Planeamiento y Coordinación del Área Metropolitana de Madrid, Dirección Técnica de Planeamiento Metropolitano, dependiente del Ministerio de la Vivienda).

¿Qué significado ha tenido este encierro de funcionarios? ¿Qué pretendían estos técnicos que intentan organizar el espacio del futuro Madrid, gigantesco, excesivo, de ocho millones de habitantes para el año 2000?

El encierro y la ocupación de las oficinas durante tres días y dos noches, es la respuesta a la expulsión de más de 76 trabajadores de la producción urbanística. Los ilusos que pretenden hacer habitable el caos urbanístico, reflejo espacial del sistema económico-social global, recibieron la carta de despido a la misma hora, en la misma ciudad y el mismo día en que el presidente Arias decía ante las Cortes: ▶

La Capilla siXtina

LUZ DE GAS

El presidente del Gobierno ha convocado un equipo de presuntos reformadores constitucionales o institucionales, que ya no me aclaro, y a uno se le antoja que ese equipo está constituido por una minoría de reformadores y una mayoría de gente a reformar. Es decir: muchos, los más, han entrado en el reformatorio.

Es la única explicación esperanzada que aguarda la atónita oposición de derechas para seguir siendo esperanzada oposición de derechas, la misma que mantiene intacta las mismas esperanzas desde el 2 de abril de 1939. Porque otra explicación esperanzada no puede haberla. Milagros como el de la conversión del agua en vino se dieron una vez y hace tanto tiempo que vete tú ahora a homologarlos, con lo dura que se ha puesto la Iglesia racionalista de nuestro tiempo.

Creo que la situación de "transfranquismo" en la que vivimos sólo una explicación sádico-masquista puede explicar buena parte de lo que está ocurriendo. La loquísima Maruja Torres diría que el Gobierno de Su Majestad está practicando el juego de la "luz de gas" desde el piso de arriba de las Españas. ¿Recuerdan el juego?

Un marido intenta hacer enloquecer a su mujer para quedarse con sus bienes. Alquiló el piso de arriba y desde él va subiendo y bajando la intensidad de la luz de gas, negándose a admitir, delante de su mujer, que la luz sube y baja de intensidad. La buena mujer enloquece sin prisas pero sin pausas, y cuando está a punto de sanatorio, llega el chico y la salva. Pues bien, la luz de gas de la permisión fluctuante tiene el respaldo de la luz de gas de la amenaza "reformadora". Uno se teme lo peor, y lo peor no sería que las cosas siguieran tal como están, sino que las cosas se reformaran con un cierto sado-masquismo histórico. Se reformaran, en una palabra, insuficientemente. Y sería terrible, porque es evidente que reformar insuficientemente es reformar inútilmente, es proseguir esa labor de remiendos que trata de cubrir una desnudez de décadas.

El salto de una política represora a una política liberadora no puede darse a partir de un reformismo que nace precisamente para reprimir menos y a menos, no para dejar de reprimir. La democracia es una situación englobadora, que requiere un consenso social amplísimo, y no puede basarse en el placer de exclusiones y cómplices y en la rebelión, lógica, de los excluidos. Los síntomas son inquietantes. Cuando Fraga o Areilza espabilan la luz en Londres o París, Arias Navarro la adormece en Madrid.

Puede que enloquezca la parroquia. Pero también puede suceder que la parroquia empiece a mirar hacia el techo con un cierto cachondeo.

SIXTO CAMARA